

La poesía y el abrigo

La experiencia de un taller literario
en una casa de abrigo para las
niñeces y adolescencias



Ana Gómez*

*Prohibido navegar en un barco de papel sin haber
dibujado el mar.*

Thiago, participante del taller literario de la Casa de
Abrigo Municipal de Morón

*Somos seres poéticos, todos, todos nosotros. Mucho más de
lo que nos imaginamos.*

*Lo que más nos duele, lo que nos sangra, o dicho de otro
modo nuestra condición mortal,
ni más ni menos, es aquello que solo podemos expresar a
través de la poesía.*

*Por eso es tan importante que un chico lea literatura, que
lea una metáfora.*

Liliana Bodoc

* Licenciada en Trabajo Social (UBA). Docente en la asignatura Problemas Sociales Argentinos de la carrera de Trabajo Social (UBA) y de la asignatura Sociología II de la carrera de Trabajo Social (UNM).

El abrigo es la protección que ofrece algo o alguien ante una amenaza o un peligro. Dar abrigo es ofrecer un lugar resguardado de las inclemencias del tiempo. Guarecer de la intemperie, cuidar.

Yo creo que la palabra poética ofrece algo de ese refugio y voy a tratar de explicarlo.

I. El resguardo y el lenguaje

Una casa de abrigo es una institución que aloja niños, niñas y adolescentes¹ que han sido lastimados en su integridad física, psíquica y emocional para cuidarlos, asistirlos y acompañarlos durante el período en que estén desvinculados de su medio familiar.²

Los chicos que viven en la Casa dieron cuenta de una vulneración en su cuerpo, en su psiquismo, en sus emociones. Es difícil usar metáforas para remplazar palabras como maltrato, violencia, abuso sexual, negligencia, abandono, pero, como pondremos las palabras de nuestro lado, para entender, vamos a decir que esas situaciones, que dejaron huella, que generaron temor y dolor, son las *inclemencias*. Ante ellas, la Casa *ofrece un lugar resguardado, refugia*. Y, por último, vamos a decir que el taller literario que hacemos en esa Casa colabora en la tarea de *abrigar*, a partir del lenguaje poético, que es un vehículo de las emociones y los sentires.

El ingreso a la Casa implica conocer personas, espacios, dinámicas. Este proceso se realiza en condiciones de vulnerabilidad que combinan sorpresa, angustia, temores. Sensaciones que recorren los cuerpos, que a veces logran ser expresadas por el lenguaje verbal y otras veces no. En este proceso, diferentes personas adultas ponen su atención, su escucha y su experiencia a disposición de los chicos.

Encontrar las palabras que tramiten las emociones es un trabajo que, como todos los trabajos, requiere esfuerzo y disposición, pero también insumos y herramientas. Para poder decir hay que tener qué decir, cómo decir, cuándo decir, a quién decir. El vocabulario sería un insumo y la expresión oral, una herramienta que depende del contexto, no es indefinida, necesita de un ambiente que haga posible su utilización. Entonces, es posible que las palabras tarden en elaborar una voz propia. Y en este punto me parece que todas las acciones destinadas a fortalecer la expresión colaboran con un proceso de reparación.

Los chicos que viven en la Casa de alguna forma ya hablaron. Lo hicieron con mayor o menor dificultad, llorando o fingiendo que no tenían miedo, con detalles o con pocas descripciones del dolor, pero lo que

1 En este caso, me refiero a la Casa de Abrigo Municipal de Morón, en la provincia de Buenos Aires. Se trata de un dispositivo de cuidado convivencial para niños, niñas y adolescentes, de entre 6 y 17 años, que atraviesan una medida de protección excepcional por haber sido vulnerada su integridad.

De aquí en adelante a esta institución la nombraré "la Casa". Y cuando me refiera a "los chicos" estaré nombrando niñeces y adolescencias diversas. Esta expresión no tiene intención de invisibilizar identidades de género u otras diferencias, si no que busca facilitar la lectura del texto.

2 La Ley N° 26061 de Protección Integral de Derechos, en su artículo 39, habilita las medidas excepcionales, que son aquellas que se adoptan cuando se considera imprescindible el alejamiento del medio familiar, a fin de que los de niños, niñas y adolescentes conserven o recuperen el ejercicio y goce de sus derechos vulnerados y la reparación de sus consecuencias. Estas medidas son limitadas en el tiempo y solo se pueden prolongar mientras persistan las causas que les dieron origen.

dijeron resultó contundente para que se tomara una medida de protección excepcional, que implicó la desvinculación del contexto donde el padecimiento tuvo lugar. A veces habló la voz y a veces habló el cuerpo. Eso quedó escrito e inauguró un recorrido que no saben bien cuánto va a durar ni cómo seguirá, solo lo viven, lo transitan. Comienzan a compartir sus días con personas que hasta ese momento no conocían, aprenden a resolver su cotidianeidad, experimentando las hermosuras de la amistad y también las malas noticias de la soledad, esa sensación que persiste incluso viviendo en grupo.

En la Casa, los chicos comparten habitación, baño, comedor, jardín, normas de convivencia y horarios. Salen para ir a la escuela y a otras actividades recreativas según su interés. Acceden a la atención de su salud, hacen paseos, festejan cumpleaños, reyes magos, navidades, reciben regalos. Mientras tanto, los visitan las profesionales del servicio local que los escuchan, les preguntan como están y les cuentan cómo sigue su situación judicial. También participan de revinculaciones familiares, audiencias en los juzgados de familia y, en algunos casos, conocen a personas que pretenden adoptarlos.

En todas estas actividades, los chicos usan sus palabras. También sus cuerpos, que expresan de modos diversos lo que sienten. En ocasiones transmiten incomodidad, enojo, tristeza. En otras transmiten cariño, ganas de estar bien, entusiasmo. Algunos chicos hacen uso del abrazo con facilidad, incluso sin conocer tanto a la persona que llega a la Casa, la abrazan rápido. Otros se mantienen a distancia y van acercándose de a poco, cuando sienten más confianza.

El lenguaje verbal y corporal es su herramienta. Quienes manejan con mayor soltura las palabras pareciera que lograsen integrarse con mayor facilidad, comunicarse, vincularse. A quienes les cuesta más hablar se los nota más alejados, incómodos, tensos, solitarios.

Ese lenguaje oral les permite a los chicos interactuar en su vida cotidiana, dirigir un pedido, dar a conocer una necesidad, contar cosas, reírse con los otros, dialogar con los adultos que los cuidan, realizar una tarea escolar. Pero esa forma de las palabras no necesariamente les permite devolver al ambiente sensaciones profundas. Hay emociones, ideas, inspiraciones que solo se pueden vehicular a partir de otros encuadres. La literatura, la música, el teatro, el dibujo, entre otras posibles actividades, permiten transmitir cosas que pasan al interior de las personas utilizando criterios distintos a los que usan otros discursos, como los de las instituciones, los juzgados, las escuelas, las fiscalías, las comisarías, las terapias psicológicas.

II. El taller literario

El taller literario es un espacio semanal, opcional, disponible para los chicos que tengan ganas de participar. Su concurrencia es abierta y variable. Nos solemos sentar en ronda, en el jardín o en la sala, alrededor de una mesa o en el piso. Leemos, hablamos, escribimos, dibujamos, inventamos. Nos miramos, nos escuchamos, nos reímos. Nosotros, *los profes*,³ llegamos con hojas, revistas para recortar,

3 Somos una trabajadora social y un periodista quienes estamos al frente del taller literario. Los chicos de la Casa nos nombran "los profes".

palabras sueltas, un cuento, un poema, a veces alfajores. Pero sobre todo llegamos con una ilusión: que haya palabras. Nos encanta que se armen historias, que se creen personajes, escenas salidas de la imaginación, descripciones fantásticas, alusiones a hechos reales que también se quieren contar, compartir en voz alta. Nos hace felices ser testigos de ese proceso en el que se abren las ventanas de una mirada, de una voz, de una sonrisa que confía en que se puede decir lo propio, que no importa si es mentira o verdad, que también existe la fantasía, que se puede hablar a través de un personaje, se puede cambiar el final de una historia, construir el escenario para que algo ocurra.

La lectura de algún material literario es casi siempre la puerta de entrada para la expresión, pero a veces la escritura surge de un juego, de abrir una caja que dice contener lo frágil, de adivinar con los ojos cerrados el color de una fruta, de una búsqueda del tesoro con pistas desparramadas por la Casa, de abrir ventanas hechas con cartón y encontrar imágenes diversas que hay que interpretar, de adivinar los sonidos que salen detrás de una cortina, de detalles de la naturaleza que salimos a buscar a la vereda o al jardín para fotografiar, de texturas diversas que tocamos sin mirar y nos provocan sensaciones.

Crear en lo que dicen los chicos cuando escriben sus poemas, sus cuentos, sus relatos es un acto precioso, como participar de un acuerdo, aceptar un contrato, entrar a un universo más amigable, ensanchar los márgenes estrechos de nuestro mundo adulto. Hacemos caso cuando Rocío escribe: “prohibido bañarse en una lluvia de otoño sin tener a mano una toalla de hojas secas”. Confiamos en el final distinto de María que dice que la cenicienta se cansó de limpiar mugre y se organizó con sus amigas para marchar por sus derechos.

Michel Petit⁴ dice que la literatura en la infancia inicia un uso de las palabras, tan vital como inútil, que está cerca de la vida, de los sentidos, de la voz, del cuerpo, del placer compartido, de las emociones, y lejos del control, la calificación, la descripción en números, el estigma que promueven ciertos discursos, que describen a algunas personas desde sus problemas. Propone pensar la palabra poética en la infancia como la posibilidad de los chicos de construirse un lugar habitable, porque ellos no viven solo de leche, de comida, de cuidado, viven de canciones, de juegos, de anécdotas, de historias, de una narrativa gracias a la cual se les ensancha un mundo imaginario, que aunque ancla en el mundo real, lo vuelve más habitable, más placentero, no reducido al lenguaje utilitario.

La autora coincide con los estudios que afirman que el número de palabras del vocabulario utilizado varía en función de la posición social, sin embargo, dice, en la infancia no es tan significativa la extensión del lenguaje, como si lo es la desigual apropiación del lenguaje ficcional. La narrativa poética a la que se pueda acceder, la posibilidad de vinculación estética con el ambiente, será fundamental para formar la morada interior. La lectura, el acceso a obras de arte, el disfrute de la música o el teatro permiten un habitar más rico del mundo, donde median distintos lenguajes sensoriales que hacen significativa la experiencia.

4 Michel Petit dio una conferencia en la Feria del Libro de Buenos Aires en el año 2015. La misma puede escucharse mediante el enlace <https://www.youtube.com/watch?v=jSRgCqFgWU4>. De allí extraigo las ideas compartidas, que también reflejan los aportes de su libro *Leer el mundo*, publicado en 2015 en México, por el Fondo de Cultura Económica.

En el taller literario podemos observar que la palabra poética trae definiciones de lo extraño, algo que está detrás de lo que vemos; trae detalles singulares de cómo percibe el mundo cercano cada cuerpo particular, cómo miran los ojos, únicos y especiales, de cada persona. Viene acompañada de sonrisa la palabra cuando crea, viene con el placer del logro cuando llega en la bandeja de una idea propia, más aún cuando es sostenida por las manos de un chico que en la escuela aún “no lee”.

La palabra creativa nos permite inventar imágenes que a simple vista no se observan, nombrar algo para que exista ¿O acaso no vinimos al mundo para sumar lo nuestro? Cuando decimos *lluvia de otoño*, cuando decimos *dibujar el mar de un barco de papel*, traemos imágenes hermosas, sin ninguna utilidad, más que trascender el universo de lo observable, lo constatable, lo que nos es dado con todo su peso.

La disponibilidad del taller responde al objetivo de que la palabra propia avance con la seguridad de que va a ser escuchada, que habrá registro. Así, mediada por el instrumento de la voz o de la letra escrita, lo importante es que despliegue su potencia sabiendo que va a resonar en otros, que no caerá al vacío del silencio, de la soledad, de la negación. Allí se enlaza el hilo de correspondencia que constituye a los seres que comparten una vida común: en la seguridad de que otro escucha lo que estoy diciendo me reconozco persona, lo reconozco persona. Ni más ni menos.

III. Un mundo más habitable: ¿puede la palabra poética contribuir con la reparación?

Si tenemos en cuenta que algunos chicos llegan a la Casa con sus cositas, otros llegan con sus hermanos, pero también algunos llegan sin nada, resalta la importancia de generar un espacio para la voz, para la expresión del tesoro escondido, del pedacito de mundo que se guarda, del legado cultural que se porta. Son los recuerdos que eligen contar, las referencias a una abuela, a una casa, a “una vez con mi mamá”, a “cuando yo estaba con mi papá”, formas de recuperar la identidad desde el lenguaje, desde su propia historia.

El desafío del taller es que los chicos encuentren palabras que les sirvan, puedan imaginar, crear, percibir sensaciones, nombrarlas, habilitar la libertad de “contar” más allá de los criterios de la racionalidad, fantasear, mezclar la ficción con la realidad, dar una versión no tan dolorosa de la historia, contar una hazaña, adquirir poderes, nombrar distinto.

El relato poético no necesariamente acude a “la verdad”, pero tampoco “es mentira”. La fantasía no hace trampa, más bien elige el recuerdo, la presentación, la historia que les permite a los chicos sostenerse en pie. Cuantas más palabras tengan para expresar sus emociones, más podrán presentarse ante el mundo, defenderse cuando otros quieren hablar por ellos, explicar su visión de los hechos.

Con toda la carga de tragedia que puede contener, tener una historia propia que contar es la posibilidad que encuentran los seres humanos para presentarse ante el mundo. Y cuando esa historia está atravesada por el dolor, por la vergüenza, por la clausura, el lenguaje es la herramienta que permite ordenar las cosas en una trama tolerable. Tener el lenguaje a mano no soluciona los problemas que

atraviesan los cuerpos, pero seguramente hace más vivible la corporeidad. Porque nadie es solo sobrevivencia, todos buscamos de alguna manera dejar registro de quienes fuimos, hacer nuestra marca, señalar que pasamos.

Es necesario un lugar donde la fantasía esté permitida para aliviar el peso de la realidad. El juego simbólico, el cuento, la canción de cuna, todas esas invenciones de la ternura salvan nuestra especie. Cuando un chico hace su aporte en el marco del taller literario, cuando se expresa, cuando dice o escribe lo que quiere, tal vez experimente la certeza de saberse una persona particular, la única que inventó esa historia, que escribió ese verso, que sabe de la existencia de su personaje. Algo que se fabrica adentro del propio cuerpo tiene un sentido en el afuera, resuena, devuelve un aplauso, una mirada, una escucha, admiración, risa. Sensaciones que generan interacción y dicen que algo de lo propio es lo que los hace distintos, aunque a la hora de comer, de bañarse, de dormir, haya reglas de conjunto y los expedientes judiciales nombren trayectorias de vida tan parecidas.

La apuesta es pensar que la palabra poética puede hacer frente al despojo que caracteriza a las niñeces vulneradas, porque a veces es lo único propio que se tiene, que se guardó del desarraigo, que se pudo conservar a salvo de todo lo que quedó expuesto, cuando la acción de los adultos, el proceder de las instituciones y las tormentas hicieron lo suyo.

Cuentan que en México, después del terremoto y el sismo del año 2017, hicieron un protocolo para la intervención cultural en situaciones de emergencia, evidenciando que, ante una sociedad en crisis, traumatizada por el horror, la palabra cobraba tanta importancia como el alimento, el cobijo, la atención de la salud, los elementos de higiene y la información. La palabra les permitía construir un paréntesis de paz ante el horror del acontecimiento, “una risa era suficiente para salir del pasmo, escuchar una historia distinta a la realidad bastaba para dar un momento de reposo al alma”.⁵

En la Casa, el dolor del despojo, los recuerdos traumáticos, la convivencia obligada y la dificultad de contar con un espacio de intimidad conviven con la necesidad diaria de convencerse de que “la vida sigue” y que hay que ir a la escuela, jugar, comer, dormir, crecer, reírse, pelearse, amigarse, hacer travesuras. Con todo eso los chicos se acercan al taller y preguntan: ¿hoy que vamos a hacer profe?...

Hoy vamos a maldecir con Oliverio Girondo, respondemos. O vamos a cambiarle los sueños a Nicanor Parra. Vamos a buscar las tres palabras más extrañas con Wislawa. Vamos a achicarnos hasta caber en los tres versos de un haiku. Poner los ojos japoneses. Mirar la belleza de las cosas que parecen quietas a nuestro alrededor, pero están vivas: ese bichito sobre la hoja, esa gota de agua sobre el pasto, el tren que pasa como una flecha por el fondo del jardín y nos recuerda que estamos muy cerca de la estación Morón, donde la gente que va de aquí para allá da cuerda al mundo.

Y aunque así no fuera, aunque no existiera una relación entre el desarrollo del lenguaje, la ampliación del universo simbólico, la creatividad y la posibilidad de expresar el propio interés, lo mismo tiene

5 “La fuerza de las palabras. Protocolo para una intervención cultural en situaciones de emergencia”. Centro Regional para el Fomento del Libro en América Latina y el Caribe, Cerlalc-Unesco. Noviembre de 2018.

valor acercarlos libros, leerles, invitarlos/as a escribir, a inventar historias, a crear. Porque ese es su derecho, tanto como el del techo, la comida y el cuidado. Abrigar niñeces es ahora, pero también tiene un pie puesto en el después, porque los chicos crecen. Juan Gelman lo piensa y explica para nosotros cuando dice: “lo que mi infancia no sabe, yo tampoco lo sé”. Louise Glück, que en 2020 recibió el Nobel de literatura, lo expresa así: “Miramos el mundo una sola vez, en la infancia. El resto es memoria”. Y Thiago nos advierte con claridad y desde la tormenta que no salgamos a navegar sin dibujar el mar, pero que lo dibujemos y sí, salgamos. Y el mar entonces se calma. Y andar se hace posible. Y necesario. Para abrigar hay que tener confianza y la poesía la tiene. ¿O acaso la niñez no es esa casa donde se escuchó un cuento de memoria, traído de generaciones anteriores, se cerraron los ojos oyendo una nana, se pasó el dolor de oído mirando un librito sobre un regazo?

IV. Nota al pie: el trabajo social y la poesía

Mi propuesta de coordinar un taller literario fue posterior a la función de acompañar, como trabajadora social, el egreso de algunos/as adolescentes de la Casa, en el marco de un programa implementado por la Subsecretaría de Niñez y Juventudes del Municipio. Esa tarea inicial me permitió conocer ese dispositivo en el que la convivencia cotidiana teje la necesidad de saber quién es el otro, quién es la otra, cuál es su historia, hasta cuándo se quedará, cuál será su próximo destino. Más tarde o más temprano, las niñeces y adolescencias que transitan la Casa necesitan expresarse, darse a conocer, y quienes trabajamos en la Casa necesitamos conocer, interpretar, comprender.

El lenguaje se vuelve una herramienta fundamental. Y como ya se dijo más arriba, las formas del lenguaje son variadas, se complementan y enriquecen.

Desde el trabajo social, la escucha, la mirada, la palabra, la forma de poner el cuerpo al lado y la presencia son herramientas fundamentales. El acompañamiento al egreso supone conversar con los y las adolescentes estrategias de construcción progresiva de la autonomía, recuperar discursivamente qué es lo que quieren, identificar qué es lo que pueden, pensar conjuntamente cómo hacerlo, con qué recursos. Toda proyección implica un imaginar previo, poner en palabras lo que todavía no existe, pero puede existir. Ordenar pensamientos, miedos, deseos.

Esa tarea es hermosa, y también puede ser difícil. Allí el lenguaje profesional hace sus pruebas de fuerza, de equilibrio, de contorsión. Busca una conversación que a veces corre el peligro de quedar atrapada en formas más rígidas, como la de la planificación de proyectos ajustados a objetivos, metas, acciones.

Propuse el taller literario porque desde hacía ya un tiempo que se había instalado en mí la necesidad de reunir dos miradas con las que convivo —entre otras—: la artística y la profesional. No fue la primera vez que propuse integrar la lectura, la escritura, la literatura en un espacio de abordaje profesional.

Años antes lo había hecho con un grupo de jóvenes, a los que también acompañaba desde una política pública, en otro municipio del conurbano bonaerense.⁶

Comencé a indagar en la relación entre los lenguajes, partiendo de la presunción de que el lenguaje artístico amplía los márgenes de comprensión entre personas, y más aún con las infancias y adolescencias. Habilita una emocionalidad que a veces clausuran otros encuadres de la palabra.

Claro que el espacio literario no reemplaza la entrevista, la escucha profesional, las estrategias de desarrollo de la autonomía, los proyectos grupales, la articulación entre áreas y disciplinas en el marco de acompañamientos educativos, procesos de vinculación familiar o atención integral de la salud. Se trata de funciones distintas del lenguaje, de enfoques y trabajos distintos. Pero si vamos a los objetivos del trabajo social, vinculados con el fortalecimiento de los lazos sociales, el cumplimiento de derechos, la valoración subjetiva, la conformación grupal, entre otros, podemos ver que el taller tracciona hacia los mismos lugares.

Mi experiencia como trabajadora social, y especialmente la experiencia en el acompañamiento de niños, niñas, adolescentes, también incide en la forma en que planteo el taller. La coordinación de lo grupal, la observación de lo singular, la recuperación de trayectorias, la valoración de la palabra propia, la escucha, la presencia y la devolución de un gesto no son habilidades propias de mi desarrollo como poeta, si no de mi recorrido como trabajadora social.

En síntesis, entiendo que el cruce de lenguajes es una potencia por explorar toda vez que abre nuevas reflexiones sobre las metodologías profesionales. Si bien hace años se reconoce lo interdisciplinar como condición de posibilidad para la construcción de diagnósticos integrales que aborden las diversas aristas de los fenómenos sociales y el carácter inherentemente multidimensional de los problemas, aún queda mucho por investigar respecto de otros cruces menos explorados, como el del trabajo social y el lenguaje artístico, en sus múltiples formas.

⁶ Experiencia que publiqué en esta misma revista: <https://publicaciones.unpaz.edu.ar/OJS/index.php/ts/article/view/843>